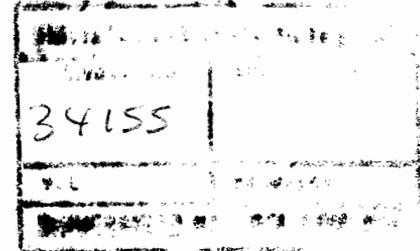


Consideraciones sobre el Gobierno Representativo

JOHN STUART MILL

Prólogo de Jorge Enrique Guier



Universidad Autónoma de Centro América
Clásicos de la Democracia
X Aniversario
1986

CAPITULO III

QUE EL GOBIERNO REPRESENTATIVO ES EL MODELO DEL GOBIERNO IDEAL

Desde tiempo inmemorial (quizá desde que Inglaterra ha sido libre) existe el dicho común de que si pudiera haber un buen déspota, la monarquía despótica sería la mejor forma de gobierno. Considero esto como una idea radical falsa y muy perniciosa de lo que es un buen gobierno, error que invalidará fatalmente nuestras reflexiones sobre el gobierno, mientras no lo desechemos.

Se cree que el poder absoluto en manos de un individuo eminente aseguraría un funcionamiento hábil e inteligente de todos los deberes del gobierno. Se establecerían y se harían cumplir leyes buenas; las malas se reformarían; los mejores hombres se colocarían en todos los puestos de confianza y, según lo permitieran las circunstancias de un país y su grado de desarrollo moral e intelectual, la justicia sería bien administrada, los gravámenes públicos serían ligeros y se impondrían con justicia, y todas las ramas de la administración se manejarían en una forma tan pura como inteligente. Provisionalmente, estoy dispuesto a conceder todo esto, pero debo indicar que esa concesión es demasiado

grande, pues se necesita mucho más de lo que encierra la simple expresión "un buen despota" para aproximarse siquiera a estos resultados. Su realización implicaría, de hecho, no sólo un buen monarca, sino un clarividente, que estuviese siempre bien informado, en todos los detalles, sobre la conducta y la labor de todas las ramas de la administración en todos los distritos del país, y que en las veinticuatro horas de que disponen tanto él como el obrero más humilde, fuese capaz de dividir su atención y vigilancia entre todas las partes de su vasto campo de acción o, por lo menos, que tuviese la capacidad de discernir y escoger de entre el conjunto de sus vasallos no sólo el gran número de hombres capaces y honrados, que bajo vigilancia y control fuesen aptos para dirigir cada rama de la administración pública, sino también al reducido número de hombres de méritos y aptitudes eminentes en quienes pudiera confiarse, no sólo sin esa vigilancia, sino ejerciéndola ellos mismos sobre otros. Las facultades y las energías que se requieren para desempeñar esta tarea de un modo tolerable son tan extraordinarias que es muy difícil imaginar que el imaginario buen dictador consintiera en aceptarlas, salvo para refugiarse de males intolerables y como preparación transitoria para algún cambio futuro. Pero la discusión puede llevarse adelante aun sin tomar en cuenta este gigantesco factor. Supongamos vencida la dificultad. ¿Qué tendríamos entonces? Un hombre de una actividad mental sobrehumana que manejara todos los asuntos de un pueblo mentalmente pasivo, cuya pasividad estaría implícita en la misma idea del poder absoluto. La nación en conjunto y todos los individuos que la componen carecen de una voz potencial en su propio destino. No ejercen ninguna voluntad respecto a sus intereses colectivos, todo lo decide por ellos una voluntad que no les pertenece y que califica legalmente su desobediencia a ella como un delito. ¿Qué clase de seres humanos pueden formarse bajo tal régimen? ¿Qué desarrollo pueden alcanzar su pensamiento o sus facultades activas bajo el mismo? Tal vez se les permita especular en cuestiones puramente teóricas, al menos mientras sus reflexiones no se en-

foquen en la política, ni tengan la conexión más remota con su ejercicio. En los asuntos prácticos, a lo sumo se les permitiría hacer sugerencias y aun bajo el gobierno del dictador más moderado, únicamente las personas que tuvieran una superioridad admitida o reconocida, podrían esperar que sus indicaciones llegaran al conocimiento de quienes dirigen los asuntos, y mucho menos que éstos las tomaran en cuenta. La persona que se toma el trabajo de pensar, cuando sus ideas no producirán ningún efecto trascendente, o que se considerará a sí misma como apta para desempeñar funciones, pero que carece de toda oportunidad para llevarlas a cabo, debe tener una afición inusitada por el mero ejercicio intelectual. El único incentivo suficiente de la práctica mental en contadas personas de una generación consiste en la perspectiva de poder aplicar sus resultados. De ello no se infiere que vaya a despojarse totalmente a la nación de su fuerza intelectual. Los asuntos comunes de la vida que forzosamente ejecuta en lo personal cada individuo o familia, requieren cierto grado de inteligencia y habilidad práctica dentro de un pequeño grupo de ideas. Puede haber una clase selecta de sabios que cultive la ciencia con miras a sus aplicaciones o por el simple placer de su práctica. Habrá una burocracia, y personas adiestradas para la misma, a quienes se enseñarán, cuando menos, algunas máximas empíricas de gobierno y de administración pública. En un país puede haber, y a menudo la hay, una organización sistemática del poder mental superior que se orienta en cierto sentido (por lo general militar), con el propósito de aumentar la grandeza del dictador. Pero el público, en su mayoría, carece de información y de interés por lo que se refiere a todos los asuntos prácticos importantes; o si es que tiene algún conocimiento de la situación, no es más que un conocimiento *dilettante*, semejante al que obtienen de las artes mecánicas quienes nunca han manejado una herramienta. Y no sólo su inteligencia es la afectada; su capacidad moral está igualmente estancada. Siempre que el campo de acción de los seres humanos se circunscribe artificialmente, sus sentimientos se estrechan y empequeñecen

en la misma proporción. Lo que nutre el sentimiento es la acción: aun un afecto familiar se sustenta en los buenos servicios voluntarios. Si una persona no tiene nada que hacer por su país, éste no le importará. Desde la antigüedad se ha dicho que en un despotismo no hay a lo sumo más que un patriota: el tirano mismo, y este dicho se basa en una apreciación justa de los efectos de la sumisión absoluta, aun hacia un amo bueno y docto. La religión persiste; y aquí, al menos, se puede pensar que obra como un agente con el que puede contarse para elevar los ojos y la mente de los hombres: sobre el polvo que se encuentra a sus pies. Pero la religión, aun suponiendo que escape de la perversión que constituye los propósitos del despotismo, deja de ser en estas circunstancias una empresa social, y se reduce a un asunto particular entre un individuo y su Hacedor, en el cual lo único que importa es su salvación personal. La religión en esta forma es muy compatible con el más puro egoísmo e identifica al prosélito como poseedor de tan pocos sentimientos para con el resto de su clase como la sensualidad misma.

La expresión "un buen despotismo" quiere decir un gobierno en el cual, mientras dependa del dictador, no hay opresión positiva de parte de los funcionarios estatales; pero en el que todos los intereses colectivos del pueblo son manejados por él, todas las reflexiones que tienen relación con los intereses colectivos, hechas por él, y en el cual la mente del pueblo es modelada, y desea serlo, por esta abdicación de sus propias energías. El hecho de abandonarse al gobierno, como a la Providencia, equivale a no preocuparse por nada y aceptar los resultados, si estos son desagradables, como castigo de la naturaleza. Por tanto, con excepción de unos cuantos hombres estudiosos que tienen un interés intelectual en meditar por su propia cuenta, la inteligencia y los sentimientos de todo el pueblo ceden a los intereses materiales y, cuando se cuenta con éstos, al entretenimiento y al adorno de su vida privada. Pero si el testimonio total de la historia tiene algún valor, el hecho de llegar a este punto equivale a aseverar que ha llegado la era

de la decadencia nacional; esto es, si la nación llegó a adquirir algo que pueda perder. Si nunca se ha elevado sobre la condición de un pueblo oriental, continúa estancado en ese estado. Pero si, a semejanza de Grecia o de Roma, hubiera realizado algo superior a través de la energía, del patriotismo y de una mayor amplitud de criterio, que como cualidades nacionales son frutos únicamente de la libertad, retrocedería en pocas generaciones hacia el estado oriental. Y ese estado no consiste en una tranquilidad estúpida, acompañada de la seguridad contra un cambio hacia lo peor; con frecuencia esta condición entraña el peligro de ser conquistado, invadido y reducido a la esclavitud nacional, ya sea por un tirano más poderoso, o por el pueblo de bárbaros más cercano, que junto con su rudeza salvaje conserva las energías que da la libertad.

Esas no son sencillamente las tendencias naturales, sino las necesidades inherentes de un gobierno despótico, del cual no hay salida, a menos que el despotismo admita no serlo; en tanto que el supuesto buen tirano se abstiene de ejercer su fuerza y, aun cuando la mantenga en reserva, permita que los asuntos generales del gobierno sigan adelante como si el pueblo realmente se gobernara a sí mismo. Por muy improbable que pueda ser, podríamos imaginar a un tirano que observara muchas de las reglas y restricciones de un gobierno constitucional. Es posible que permitiera la libertad de prensa y de discusión en un grado que capacitara a la opinión pública para documentarse en los asuntos nacionales, y tener voz en ellos; podría permitir que los intereses locales fueran manejados, sin la intervención de la autoridad, por el pueblo mismo. Hasta podría rodearse de un consejo o consejos de gobierno, escogidos libremente por toda la nación o por una parte de ella, que retuvieran en sus manos la facultad de imponer impuestos y que fueran la autoridad suprema legislativa así como la ejecutiva. Si actuara de esta manera y abdicara como tirano, se desharía de una parte considerable de las características nocivas del despotismo. No se impediría ya el desarrollo, dentro de la propia nación, de la actividad y capacidad políticas que

se necesitan para manejar los asuntos públicos, y la opinión pública dejaría de ser el simple eco del gobierno. Pero este adelanto daría lugar a nuevas dificultades. Esta opinión pública, independiente de la dictadura monárquica, debe estar con él o contra él; no puede ser más que una cosa o la otra. Son muchas las personas que no se muestran satisfechas con ningún tipo de gobierno, pero al contar con órganos regulares de expresión, y con la oportunidad de manifestar su criterio, con frecuencia expresarán opiniones adversas a las medidas del gobierno. ¿Qué hará el monarca cuando estas opiniones desfavorables formen una mayoría? ¿Alterará su curso de acción? ¿Se doblegará ante la nación? Si así fuese, ya no sería un dictador, sino un rey constitucional —un órgano o primer ministro del pueblo, que se distinguiría sólo por el hecho de ser vitalicio. De no ser así, debe sofocar la oposición por medio de su fuerza tiránica, o surgirá un antagonismo permanente entre el pueblo y un hombre, el cual sólo puede tener un fin posible. Ni siquiera un principio religioso de obediencia pasiva y de "derecho divino" evitaría las consecuencias naturales de tal actitud. El monarca tendría que sucumbir y adaptarse a las condiciones de una soberanía constitucional, o ceder su lugar a alguien que aceptara esa situación. El despotismo, que lo sería de nombre en esas condiciones, poseería sólo algunas de las ventajas que se supone pertenecen a la monarquía absoluta, mientras que realizaría en un grado muy imperfecto las de un gobierno libre ya que, no obstante el grado de libertad que los ciudadanos pudieran disfrutar prácticamente, nunca olvidarían que poseían esa libertad con ciertas limitaciones y debido a una concesión que, bajo la constitución existente del estado, podría abolirse en cualquier momento, y que eran esclavos realmente, aunque de un amo prudente o indulgente.

No hay que admirarse mucho del hecho de que los reformadores impacientes o frustrados, disconformes con los impedimentos que contra un desarrollo público benéfico oponen la ignorancia, la indiferencia, la necesidad y la obstinación perversa de un pueblo, así como las combina-

ciones corrompidas de los intereses privados egoístas, provistos de las armas poderosas que proporcionan las insituciones libres, suspiren a veces por una mano fuerte que derribe todos estos obstáculos y obligue a un pueblo recalcitrante a ser mejor gobernado. Pero (dejando a un lado el hecho de que por cada tirano que ocasionalmente ha frenado los abusos, han existido noventa y nueve que no hicieron más que crearlos), aquellos que en esta dirección buscan la realización de sus esperanzas, omiten de la idea de un buen gobierno su elemento principal, o sea el adelanto del pueblo mismo. Uno de los beneficios de la libertad estriba en que bajo ella, el gobernante no puede pasar por alto la mente del pueblo y reformar sus asuntos sin reformar al pueblo mismo. Si fuese posible que el pueblo estuviera bien gobernado a pesar de sí mismo, su buen gobierno duraría no más de lo que generalmente dura la libertad de un pueblo liberado por armas extranjeras, sin su propia cooperación. Es verdad que un tirano puede educar al pueblo, y el hecho de hacerlo sería realmente la mejor apología de su despotismo. Pero cualquier sistema educativo que tienda a convertir a los seres humanos en algo distinto de una máquina, con el tiempo obtendrá como resultado que éstos reclamen el control de sus propias acciones. Los principales exponentes de la filosofía francesa del siglo XVII fueron educados por jesuitas. Y parece que aun la educación jesuítica fue suficientemente efectiva como para despertar el apetito de libertad. Todo lo que vigoriza las facultades, aun en un grado muy pequeño, origina un deseo acrecentado de su más libre ejercicio; y fracasa la instrucción popular que prepara al pueblo para una situación que no sea una de tal especie, que lo induzca a desear y, con más probabilidad, a exigir.

Estoy lejos de condenar el establecimiento de una fuerza absoluta, en forma de dictadura temporal, en casos de extrema exigencia. Desde tiempos remotos, las naciones libres han conferido ese poder por su propia elección, como una medicina necesaria para curar las enfermedades del cuerpo político que no se pudieron evitar por medios me-

misma que a los otros, y más a los más cercanos que a los más remotos, el comunismo no es sólo practicable, sino que constituye la única forma defendible de la sociedad, y cuando llegue ese momento, seguramente se instaurará. Por mi parte, por no creer en el egoísmo universal, no me es difícil admitir que el comunismo¹ sería practicable, aun en la actualidad, entre la *élite* de la humanidad, y pudiera llegar a serlo entre el resto. Pero como esta opinión no es popular entre los defensores de las instituciones existentes, quienes encuentran fallas en la doctrina del predominio general del propio interés, me inclino a pensar que en realidad creen que la mayor parte de los hombres se consideran a sí mismos antes que a los demás. Sin embargo, no es necesario afirmar siquiera esto para apoyar la petición popular de participar en el poder soberano. No necesitamos suponer que cuando la fuerza reside en una clase privilegiada, ésta, a sabiendas y deliberadamente, sacrifica a las demás en beneficio propio; basta comprender que, en ausencia de sus defensores naturales, el interés de los excluidos está siempre en peligro de ser desconocido y de que, cuando se le preste atención, se considere de manera distinta a aquella en que lo hacen las personas a quienes directamente concierne. En este país, por ejemplo, las llamadas clases trabajadoras se pueden considerar como excluidas de toda participación directa en el gobierno. No creo que las clases que participan en él tengan, en general, la intención de sacrificar a las clases trabajadoras en su beneficio. En otros tiempos tuvieron esa intención —observemos los perseverantes intentos que se hicieron con el fin de mantener bajos los salarios, de acuerdo con la ley. Pero en la actualidad, su

1 Por comunismo, Mill se refiere al socialismo pre-marxista. En ninguna parte de sus escritos indica Mill conocimiento alguno del socialismo marxista, que se formuló durante el curso de su vida. (El primer volumen del *Das Kapital*, de Marx, apareció en 1867.) Frecuentemente Mill habla con simpatía de varias de las escuelas de socialismo anteriores a Marx, representadas por Claude Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon (1760-1825). (Véase también la nota 1 en la p. 40), François Marie Charles Fourier (1772-1837), Robert Owen (1771-1858), Pierre Joseph Proudhon (1809-1865), y otros a quienes los marxistas descartaron como no científicos y utópicos.

disposición común es todo lo contrario: voluntariamente hacen considerables sacrificios, en especial de su interés pecuniario, para beneficio de las clases trabajadoras, y peccan por una beneficencia demasiado pródiga y sin distinciones; tampoco creo que ninguno de los gobernantes de la historia haya estado animado por un deseo tan sincero como el de ellos de cumplir con su deber hacia la porción más pobre de sus compatriotas. Sin embargo, ¿el Parlamento, o alguno de los miembros que lo componen, aunque sea por un instante, consideran cualquier asunto desde el punto de vista de un trabajador? Cuando surge un tema en el que los trabajadores tienen interés, ¿se considera desde cualquier otro punto de vista que no sea el de los patronos? No digo que la opinión de los trabajadores sobre estas cuestiones se aproxime más a la verdad que la de los demás, aunque sí se asemeja mucho a ella; de cualquier manera, debe escucharse con respeto en vez de ser, como lo es, no sólo menospreciada, sino descartada. Respecto a las huelgas, por ejemplo, es dudoso que haya siquiera uno entre los miembros más importantes de cualquiera de las Cámaras que no esté firmemente convencido de que la razón del asunto la tienen por completo los patronos, y que el punto de vista de los trabajadores es simplemente absurdo. Las personas que han estudiado el problema saben bien que este dista mucho de ser el caso, así como la manera tan diferente y tan poco superficial en que se plantearía el caso si las clases que declaran la huelga pudieran hacerse oír en el Parlamento.

Es una condición inherente a los asuntos humanos que por más sincera que sea la intención de proteger los intereses de los demás, esto no puede ser seguro ni saludable, si entraña el hecho de atar las manos de los demás. Aún más cierto es el hecho de que sólo por su propio esfuerzo puede elaborarse un mejoramiento positivo y durable de las circunstancias de su vida. A través de la influencia conjunta de estos dos principios, todas las comunidades libres han estado más exentas de la injusticia social y del delito, y han alcanzado una prosperidad más brillante, que cualesquiera

otras, o que ellas mismas después que perdieron su libertad. Comparemos los estados libres del mundo, mientras duró su libertad, con los vasallos contemporáneos de un despotismo monárquico u oligárquico: las ciudades griegas con los sátrapas persas; las repúblicas italianas y las poblaciones libres de Flandes y Alemania con las monarquías feudales de Europa; Suiza, Holanda e Inglaterra con Austria o la Francia prerrevolucionaria. Su prosperidad superior fue demasiado evidente como para discutirse siquiera, mientras que su superioridad en el buen gobierno y en las relaciones sociales se comprueba por su prosperidad, y ha quedado manifiesta en cada página de la historia. Si comparamos no una época con otra, sino los diferentes gobiernos que coexistieron en la misma época, no podemos comparar, siquiera por un momento, todo el desorden que, aun pecando de exagerados, podemos pretender que haya existido entre el pueblo de los estados libres, con las vejaciones humillantes impuestas sobre la masa del pueblo que llenan toda la vida de los países monárquicos, o con la repugnante tiranía individual que apareció más de una vez bajo los sistemas del pillaje, que fueron llamados disposiciones fiscales, y con el secreto funcionamiento de sus terribles tribunales de justicia.

Debe reconocerse que los beneficios de la libertad, al grado en que se han disfrutado hasta ahora, se obtuvieron al extenderse los privilegios a una sola parte de la comunidad; y que un gobierno en el cual se propagan imparcialmente a todos es un ideal irrealizable todavía. Pero aunque todas las soluciones propuestas tienen un valor independiente, y aun cuando en muchos casos no pudo plantearse más de una posible solución, en el estado actual del adelanto general, la participación de todo el pueblo en estos beneficios es la concepción ideal del gobierno libre. En la proporción en que cualquier individuo, sin que importe quién sea, quede excluido de ese gobierno, sus intereses se ven privados de las garantías que dispensan al resto, y él mismo tiene menos campo y estímulo que el que pudiera tener de otro modo para aplicar sus energías con el fin de lograr el

bienestar propio y el de la comunidad, de lo cual depende siempre la prosperidad general.

Tal es el caso en cuanto al bienestar actual, y se aplica al buen manejo de los asuntos de la presente generación. Si pasamos ahora a la influencia que tiene la forma de gobierno sobre el carácter, encontraremos que la superioridad del gobierno popular sobre todos los demás resulta, de ser eso posible, aún más decisiva e indiscutible.

Este asunto realmente depende de otra pregunta todavía más fundamental: ¿cuál de los dos tipos comunes de carácter es el que debe predominar en bien de la humanidad: el activo o el pasivo? Es decir, ¿aquél que lucha contra los males o el que los tolera; el que se doblega a las circunstancias o el que trata de hacer que éstas se sometan a él?

Las observaciones comunes de los moralistas, y las simpatías generales de la humanidad, se inclinan en favor del tipo pasivo. Los caracteres enérgicos deben admirarse; pero la mayoría de los hombres prefieren a los resignados y sumisos. La pasividad de nuestros vecinos acrecienta nuestro propio sentido de seguridad y los somete a nuestra voluntad. Las naturalezas pasivas, cuando no necesitamos de su actividad, parecen ser un impedimento menos en nuestro propio camino. Un carácter sumiso no es un rival peligroso. Sin embargo, nada es más cierto que el hecho de que el perfeccionamiento de las cosas humanas representa en su totalidad la labor de las naturalezas disconformes y, además, que es mucho más fácil para una mente activa adquirir las virtudes de la paciencia, que para una pasiva que adopta las de la energía.

De las tres variedades de superioridad mental: intelectual, práctica y moral, nunca hubo duda respecto a cuál de las dos primeras era superior. Toda supremacía intelectual es fruto del esfuerzo activo. El espíritu emprendedor, el deseo de mantenerse activo, de estar probando y realizando cosas nuevas para nuestro propio beneficio o para el de los demás, es el origen del talento especulativo y, con mucha mayor razón, del práctico. La cultura intelectual, compatible con el otro tipo, corresponde a la clase débil e incierta

que pertenece a una mente que se detiene en la recreación o en la simple contemplación. La prueba de una manera de pensar real y vigorosa, de una que averigua la verdad en vez de estar soñando, es una aplicación práctica y acertada de las ideas. Cuando no hay el propósito de determinar, precisar e impartir un significado inteligible al pensamiento, lo más que se produce es la metafísica mística de los pitagóricos o de los vedas.² Respecto al mejoramiento práctico, el caso es todavía más evidente. El carácter que mejora la vida humana es el que lucha contra las fuerzas y tendencias naturales, no el que se doblega a ellas. Todas las cualidades del beneficio propio favorecen la indole activa y enérgica. Los hábitos y la conducta que fomentan el provecho de cada miembro de la comunidad deben constituir al menos una parte de aquellos que al final impulsan del mejor modo el progreso del conjunto de la comunidad.

Pero, a primera vista, parece que sobre el punto de la preferencia moral hay lugar a dudas. No me refiero al sentimiento religioso que ha existido por lo general en favor del carácter inactivo, por estar más en armonía con la sumisión que se debe a la voluntad divina. El cristianismo, así como otras religiones, ha fomentado estos sentimientos; pero es prerrogativa del cristianismo, en cuanto a ésta y a muchas otras perversiones el hecho de que está capacitado para librarse de ellas. Fuera de las consideraciones religiosas, un carácter pasivo que se rinde a los obstáculos en lugar de esforzarse por vencerlos, en verdad no puede ser más útil a otros, de lo que es a sí mismo, pero al menos puede esperarse que sea inofensivo. La conformidad se cuenta siempre entre las virtudes morales; pero es un error completo suponer que la conformidad acompaña necesaria o naturalmente a la pasividad del carácter y, a menos que lo haga, las consecuencias morales son nocivas. Cuando existe

² Los prosélitos de Pitágoras, filósofo y matemático griego del siglo VI a. C., practicaron una religión mística que en parte se derivó de la creencia de que el universo podía interpretarse numéricamente. Los vedas, o vedanta, son una religión hindú que floreció de 1500 a 600 a.C.

el deseo de alcanzar beneficios que no se poseen, la mente que no puede obtenerlos por medio de sus propias energías, es capaz de mirar con odio y malicia a aquellas que sí disponen de esas ventajas. La persona que alienta perspectivas prometedoras tendientes a mejorar su situación, generalmente ve con buenos ojos a otros que persiguen o que ya alcanzaron el mismo propósito; y cuando la mayoría adopta esta actitud, quienes no logran el objetivo que ha impreso en su ánimo la conducta general del país, atribuyen su fracaso a la falta de esfuerzo, o de oportunidad, o bien a su mala suerte. Pero aquellos que, aunque desean lo que otros poseen, no se esfuerzan por lograrlo, se lamentan constantemente de que la fortuna no hace en su beneficio lo que no logran hacer por sí mismos, o desbordan envidia y mala voluntad hacia los que poseen lo que a ellos les gustaría tener.

En la misma proporción en que se observa o se cree que el éxito en la vida es fruto de la fatalidad o del accidente, y no del esfuerzo, la envidia se desarrolla como un punto de carácter nacional. Los más envidiosos de toda la humanidad son los orientales. Entre los moralistas orientales y en los cuentos orientales también, el hombre envidioso destaca de una manera notable. En la vida real, es el terror de todo aquel que posee algo deseable, ya sea un palacio, un hermoso niño, o aun buena salud y humor: el supuesto afecto de su sola mirada constituye la base de esa superstición tan extendida del "mal de ojo". Después de los orientales en cuanto a envidia, así como a la actividad, están algunos europeos meridionales. Los españoles acosaron a todos sus grandes hombres con ella, amargaron su existencia y, en general, lograron poner un fin prematuro a sus triunfos.³ En cuanto a los franceses, que constituyen esen-

³ Limito la expresión al tiempo pasado, porque no me atrevería a decir nada en contra de un pueblo grande, finalmente libre, que participa ya del movimiento general del progreso europeo, con un vigor que promete recobrar rápidamente el terreno que había perdido. Nadie puede dudar de lo que son capaces el intelecto y la energía de los hispanos, y sus errores como pueblo son principalmente aquellos para los cuales la libertad y la actividad industrial son un remedio eficaz.

cialmente un pueblo meridional, la intervención mixta de tiranía y catolicismo, a pesar de su temperamento impulsivo, ha hecho de la sumisión y de la paciencia el carácter común del pueblo, y constituye la idea de sabiduría y grandeza que ha aceptado en mayor grado. Si la envidia mutua, y la que se experimenta por cualquier rasgo de superioridad, no es más frecuente entre ellos, esta circunstancia debe atribuirse a los numerosos y valiosos elementos opuestos que privan en el carácter francés, y más que todo, la gran energía individual que, aunque menos tenaz y más intermitente que la del anglosajón, tan dado a bastarse a sí mismo y tan inclinado hacia la lucha, aparece entre los franceses, en casi todos los sentidos en que el funcionamiento de sus instituciones les ha sido favorables.

En todos los países hay, sin duda, caracteres realmente conformes que no sólo no buscan, sino que no desean más de lo que ya poseen, y éstos, naturalmente, no están mal intencionados hacia aquellos que manifiestamente son más favorecidos. Pero el mayor volumen de conformidad aparente, entraña en realidad un descontento verdadero, combinado con la indolencia o indulgencia, la cual, mientras no adopte medidas legítimas para elevarse, se deleita con arrastrar a otros a su propio nivel. Y si vemos minuciosamente aun los casos de conformidad ingenua, percibiremos que sólo merecen nuestra admiración cuando la indiferencia es nada más hacia el mejoramiento de las circunstancias exteriores, y hay un esfuerzo para perpetuar el desarrollo del valor espiritual, o por lo menos un celo desinteresado en el beneficio de los demás. El hombre o la familia conformes que no tienen ambición de hacer feliz a nadie más, o de fomentar lo bueno de su país o de su vecindad, o de mejorar ellos mismos en grandeza moral, no despiertan en nosotros admiración ni aprobación. Atribuimos debidamente esta clase de conformidad a la sola cobardía y falta de espíritu. La conformidad que aprobamos es la habilidad de arreglarse felizmente sin aquello que no puede tenerse; una justa apreciación del valor comparativo de los diferentes objetos de deseo y una renunciación voluntaria de lo

menor, cuando es incompatible con lo mayor. Sin embargo, estas virtudes son más inherentes al carácter, en proporción a la energía que se invierta en la lucha por mejorar su propia suerte o la de algún otro. Aquel que continuamente pone a prueba su energía en la resolución de diversas dificultades, aprende a conocer cuáles son las que no puede superar y cuáles las que no vale la pena vencer. La persona a cuyas ideas y actividades recurren todos y que, por lo común, se aplican a empresas factibles y útiles, es con toda probabilidad, entre todas las demás, la que menos dejará que en su mente anide un descontento por lo que no vale la pena adquirir, o que cuando menos así le parezca. Por lo tanto, el carácter activo y de ayuda propia no es sólo intrínsecamente el mejor, sino el más prometedor para adquirir todo lo que realmente sea excelente o deseable en el tipo opuesto.

El carácter de lucha y el afán de progreso que caracterizan a Inglaterra y a los Estados Unidos de América, es sólo motivo de crítica desaprobatoria a causa de los objetivos tan secundarios en los que por lo común despliegan su energía. En sí mismo es el fundamento de las mejores esperanzas para el desarrollo general de la humanidad. Se ha hecho notar con toda perspicacia que siempre que ocurre algo malo, el impulso habitual del pueblo francés consiste en decir: "Il faut de la patience",⁴ y del pueblo inglés: "¡Qué vergüenza! (What a shame). El pueblo que piensa que es una vergüenza que algo salga mal, que apresuradamente llega a la conclusión de que el mal pudo y debió evitarse, es aquel que, a la larga, hace lo que puede para mejorar al mundo. Si los deseos son mezquinos, si no se extienden un poco más allá de la comodidad material y de la exhibición de los resultados inmediatos de la energía, no serán más que la continua extensión de la fuerza del hombre sobre los objetos materiales; pero aun esto abre paso y prepara los aparatos mecánicos para las mayores realizaciones intelectuales y sociales; y mientras exista energía, algu-

4 "Sed pacientes".

nas personas la aplicarán, y cada vez más en mayor grado, al perfeccionamiento no sólo de las circunstancias exteriores sino de la naturaleza interna del hombre. La inactividad, la falta de aspiración, la ausencia del deseo, son un obstáculo más fatal para el progreso que cualquier energía mal dirigida. Cuando existen en la masa del pueblo son el único medio por el cual es posible que, mediante la actividad de unos cuantos individuos enérgicos, se presente una situación nociva de alcances formidables. Esto es principalmente lo que retiene en un estado salvaje o semisalvaje a la gran mayoría de la raza humana.

Ahora bien, no puede haber ninguna duda en cuanto a que el tipo de carácter pasivo es favorecido por el gobierno de uno o de unos cuantos, y que el tipo activo, de ayuda propia, es favorecido por el gobierno de la mayoría. Los gobernantes irresponsables necesitan de la aquiescencia de los gobernados más de los que necesitan toda actividad que no pueden dominar. El sometimiento a los mandatos de los hombres, considerados como necesidades naturales, es la lección que inculcan todos los gobiernos en aquellos que no participan por completo en ellos. La voluntad de los superiores, y la ley como voluntad de éstos, es implantada entonces sin dificultad. Pero no hay hombres que se conviertan en simples instrumentos o materiales en las manos de los gobernantes, cuando poseen voluntad y espíritu, o revelan gran actividad interna en sus demás actos; y cualquiera manifestación de estas cualidades, en vez de recibir el estímulo de los dictadores, tiene que ser olvidada por ellos. Aun cuando los gobernantes irresponsables no comprendan bien el peligro que representa la actitud mental de sus vasallos como para refrenarla, la actitud de sumisión es en sí misma una represión. El esfuerzo es refrenado aún más, con más eficacia, por la certeza de su impotencia que por cualquier desaliento positivo. Entre la sujeción a la voluntad de otros y las virtudes de la ayuda propia y autodomínio hay una incompatibilidad natural, la cual es más o menos completa, según el grado de la esclavitud. Los gobernantes difieren mucho en el grado en que controlan la

libertad de acción de sus vasallos, o en la forma en que la suprimen al encargarse de la dirección de sus asuntos. Pero la diferencia es de grado, no de principio, y aun los mejores dictadores con frecuencia recurren a extremos para encadenar la libertad de acción de sus vasallos. El dictador nefasto, cuando ha satisfecho sus complacencias personales, algunas veces consiente en dejar que el pueblo marche solo; pero un dictador bueno insiste en hacer el bien obligando al pueblo a llevar sus propios asuntos en una forma mejor de la que el pueblo mismo sabe. Los reglamentos que restringieron a todas las principales ramas de manufacturas francesas a procedimientos determinados fueron obra del gran Colbert.

Es muy diferente el estado de las facultades humanas cuando el individuo no se siente bajo ninguna restricción externa, sino la que constituyen las necesidades naturales, o los mandatos sociales en cuya imposición participa, y que si los estima equivocados, tiene absoluta libertad para disentir públicamente de ellos y esforzarse en forma activa para que se modifiquen. No hay duda que bajo un gobierno parcialmente popular, esta libertad puede ser ejercitada aun por quienes no participan de todos los privilegios de la ciudadanía. Para un individuo que haya empezado carente de todo significa un gran estímulo adicional, que refuerza la ayuda y la confianza en sí mismo, el hecho de saber que su éxito no dependerá de la impresión que cause en el criterio y en las disposiciones de un organismo al que no pertenece. Constituye un gran desaliento para un individuo, y aún mayor para una clase, el que se le excluya de la constitución, reduciéndolo al grado de tener que suplicar a los árbitros de su destino, para que se le tome en consideración. El máximo del efecto vigorizante que ejerce la libertad sobre el carácter se obtiene sólo cuando la persona sobre la que se influye es, o espera ser, un ciudadano tan privilegiado como cualquier otro; pero lo que importa, más que este asunto de criterio, es la disciplina práctica a que somete al carácter por la exigencia que en ocasiones se impone a los ciudadanos para que desempeñen, a su tiem-

po y durante un lapso, cierta función social. No se ha considerado lo suficiente cuán pequeña es la vida ordinaria de la mayoría de los hombres para dar alguna grandeza a sus conceptos, o a sus sentimientos. Su trabajo es una rutina; no una faena de amor, sino de interés propio en su forma más elemental, o sea la satisfacción de las necesidades diarias; ni lo que se ha hecho, ni el procedimiento para hacerlo, inducen en la mente ideas o sentimientos que se extienden más allá de los personales. Si los libros instructivos están a su alcance, no hay estímulo para leerlos; y en la mayoría de los casos el individuo no tiene acceso a persona alguna de cultura superior a la propia. El darle algo que hacer por el bien público suple, en parte, todas estas deficiencias. Si las circunstancias permiten que la cantidad de deberes públicos que se le asignen sea de importancia, esto lo convierte en un hombre educado. A pesar de los defectos del sistema social y de las ideas morales de la antigüedad, la *dicastery* (práctica legal del veredicto), y la *ecclesia*,⁵ elevaron el nivel intelectual del ateniense común a un grado superior al de todos los otros conglomerados de hombres, antiguos o modernos. Lo anterior se evidencia claramente en cada una de las páginas que escribió nuestro eminente historiador de Grecia,⁶ pero no necesitamos más que apreciar la gran calidad de las alocuciones que sus grandes oradores estimaron que producirían efectos en la comprensión y en el ánimo de su auditorio. Un beneficio de la misma especie, aunque en grado bastante menor, se produce entre los ingleses de clase inferior media, cuando aceptan la responsabilidad de actuar como jurados y de servir en los oficios de su parroquia, lo cual, aunque no les ocurre a muchos, ni es tan continuo, ni los induce a formular diversas consideraciones elevadas como para que establezcan comparación con la educación pública que todos los ciudadanos de Atenas obtenían de sus instituciones democráti-

5 El tribunal y la asamblea populares, respectivamente, en la que todos los ciudadanos atenienses podían participar.

6 George Grote (1791-1871), cuya "Historia de Grecia", en doce volúmenes, apareció entre 1829 y 1856.

cas; sin embargo, ese beneficio debe convertirlos en seres muy diferentes, en cuanto a la variedad de ideas y desarrollo de facultades, de aquellos que no han hecho en su vida nada más que manejar una pluma o vender artículos tras el mostrador. Es más saludable la parte moral de la instrucción que depara, aunque con rareza, la participación del ciudadano particular en las funciones públicas. Se compromete así a valorar intereses ajenos; a dejarse guiar, en el caso de que haya situaciones en pugna, por otra regla, que no sea la de sus preferencias personales; a aplicar, en cada ocasión, principios y máximas que tengan como razón de su existencia el bienestar común; y por lo general encuentra asociadas con él, en el mismo trabajo, mentes más familiarizadas que la suya con estas ideas y funcionamientos, cuyo estudio redundará en suministrar un móvil a su entendimiento y un estímulo a su sentido del interés general. Se le hace sentir que es parte del público, y todo lo que sea para beneficio de éste redundará también en su provecho. Cuando no existe esta disciplina de espíritu cívico, difícilmente se alienta el criterio de que las personas que no disfrutan de una situación social eminentemente tienen deberes para con la sociedad, como no sea los de obedecer las leyes y someterse al gobierno. No hay sentimientos altruista de identificación con el público; todas las ideas o sentimientos, de interés u obligación, se absorben en el individuo y en la familia. El hombre nunca piensa en ningún interés colectivo, ni en que debe empeñarse en lograr ningún objetivo junto con otros, sino sólo en competir, y en cierto modo a sus expensas. Un vecino, que no es un aliado o un socio, que nunca se ha ocupado de ninguna empresa común para el beneficio conjunto, es considerado, por lo tanto, como un rival. En este caso aun la moralidad privada sufre, mientras la pública se extingue positivamente. En el caso de que tal fuera la situación universal y de que prevaleciera como la única posible, las mayores aspiraciones del legislador o del moralista sólo podrían llegar al extremo de hacer de la mayor parte de la comunidad un rebaño de ovejas que incontinentemente, y una junto a la otra, mordisquearan el pasto.

De estas consideraciones acumuladas, es evidente que el único gobierno que puede satisfacer por completo todas las exigencias del estado social es aquel en el que todo el pueblo participa; que cualquier participación, aun en la más mínima función pública, es útil; que la participación debe ser en todos lados tan grande como lo permita el grado general de progreso de la comunidad; y que, por último, no hay nada más deseable, que la participación de todos en el ejercicio del poder soberano del estado. Pero en virtud de que, como no sea en una comunidad muy pequeña, no todos pueden colaborar personalmente sino en proporciones muy pequeñas, en los asuntos públicos, se deduce que el tipo ideal del gobierno perfecto deber ser el representativo.